

imperioso.

Ante tal exhortación guardábamos silencio de inmediato, como si entráramos en el recinto de un templo sagrado.

Una vez emitido el pregón, el funcionario se encaminaba, cuesta arriba, por la calle del Grillo hacia la Torre de San Miguel, hasta llegar al nuevo enclave, junto al antiguo caño, para repetir lo que tanta veces debía repetir. Entonces los chicos volvíamos a nuestros juegos, interrumpidos durante la alocución.

La emisión del pregón se realizaba siempre a una hora regular, siguiendo un recorrido preestablecido, y con una puntualidad asombrosa, lo que se convertía en referente para saber la hora.

En la década de los años 60 y principios del los 70 el pregonero pasó a ser una de esas especies en peligro de extinción, como lo son hoy el lince ibérico o el oso pardo de los Pirineos. Era una figura más que empezaba a formar parte del álbum de los recuerdos, como tiempo atrás lo habían hecho otros personajes de semejante estirpe. Otra vela encendida que iba apagando el soplo del progreso.

Hasta que un buen día desapareció de nuestras calles, sin saber ni cómo ni por qué. Aunque tal vez lo intuyéramos. Y una tarde nos dimos cuenta de que nos faltaba algo, que se había ido sin avisar uno de los personajes más entrañables y representativos del pueblo. Quizá lo habíamos visto junto a las puertas del Ayuntamiento, sin su habitual trompeta, colgando en el tablón de anuncios algún bando o aviso. Pero ya no era lo mismo. Nos faltaba que cada mañana, a eso del mediodía, o a la hora del ocaso nos llegara el sonido inconfundible de su bocina. Las plazas y puntos que hacían de tribunas imaginarias para su pregón quedaron solitarias, parecían languidecer. A los niños les faltaba esa pausa en sus juegos. Los ancianos se habían quedado sin su puntual reloj.

Si al menos hubiéramos oído el último pregón de aviso, algo así como: "De orden del señor alcalde, se hace saber que por imposición de la vida moderna y por la prosperidad de la que hoy disfrutamos, a partir de mañana, en nuestra población, los edictos y anuncios pertinentes se colgarán en el panel que hay en la puerta del Ayuntamiento, por lo que queda suprimida la función del pregonero"... Pero no. Hicieron mutis por

el foro de forma triste y discreta. Se retiraron de la escena de la vida cotidiana del pueblo a la chita callando y sin que tuviéramos oportunidad de rendirles el más mínimo homenaje, como suele hacerse con los grandes artistas en su despedida. Tal vez su humildad se lo impedía. Y se fueron aquellos cumplidores ciudadanos (Anselmo, Agapo y tantos otros que les habían precedido en el cargo) sin que se les pudiera mostrar el agradecimientos general por su labor prestada. Ni el más mínimo aplauso pudo sonar por parte de sus convecinos. Nos hubiera gustado gritar su nombre, despedirles entre abrazos hasta hacerles, ¿quién sabe?, soltar alguna lagrimilla furtiva. Tal vez, con ese estoicismo que caracteriza a nuestros hombres del campo, lo hubieran asimilado con una simple frase: "Así es la vida, unos se van y otros vienen".

... Y vinieron.

Actualmente, en esta primera década del tercer milenio del siglo XXI, el pregón y el pregonero quedan para el recuerdo, son sólo humo que se va disipando en nuestra mente. ¿Qué sentido tendría? ¿Cuál sería su papel ante los medios de difusión, las radios locales, la televisión, el teléfono móvil, fax, Internet...? Sin embargo, cada día proliferan más los literarios, esos pregoneros ya mencionados de discurso almidonado y vocabulario selecto y rebuscado, embutidos en sus flamantes trajes, y algún que otro esmoquin. Por lo que aún nos queda la palabra, las palabras. Palabras compuestas con armonía, que regalan el oído de los asistentes al acto pronunciadas por los pregoneros y pregoneras, que haberlas también haylas, durante los festejos patronales u otras celebraciones culturales de diversa índole. Palabras a cambio de aplausos... Pero aquellos que ayer nos cautivaban no por la belleza de su oratoria, sino por lo simple, repetitivo, y a veces candoroso, de su discurso ramplón, aquellos de los que apenas queda memoria, que se hicieron silencio, humo sin ovaciones ni felicitaciones, aquellos, como las golondrinas de Bécquer, no volverán. Así pues, entre el recuerdo de unos y con el ánimo de desear larga vida a los otros, querremos entonar el grito, parafraseando la consabida máxima palaciega llegado el momento de cubrir la vacante en el trono, como oración fúnebre y aclamación a un tiempo: "el pregonero ha muerto, ¡viva el pregonero!".

